

(250)

Hija adorada y llorosa !
Ya basta del libre vado
Que á tus sentimientos dieras,
Y es del honor moderarlos.
Cesen pues los ayes tristes,
Y ese tu gemir insano ;
Ni mas me aflijas , de un padre
Las súplicas desdeñando. —
Elvira á este dulce nombre
Dió á su ahogo un breve plazo ;
Y apoyándose en su Zaida
Fué humilde á besar su mano.
Solicito alzóla el viejo
Con un amoroso abrazo :
Todos en silencio triste
Al escudero escuchando (*).

(*) El autor habia continuado este suceso en otro romance, que se estravió despues de su fallecimiento.

SONETOS.

AL SR. D. GASPAR DE JOVELLANOS,
DEL CONSEJO DE S. M., OIDOR EN LA
REAL AUDIENCIA DE SEVILLA (*).

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.

El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.

Yo llore solo de mi Fili airada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino:

Alternando con cítara dorada,
Ya en blando verso, ó dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

(*) El autor dedicó estos sonetos á su amigo el año de 1776, á escepcion de cinco añadidos en esta edicion.

SONETO I.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes , de llorar cansados ,
Alzando al cielo su clemencia imploro ;
Mas vuelven luego al encendido lloro ,
Que el grave peso no los sufre alzados :
Mil dolorosos ayes desdeñados
Son , ay ! tras esto de la luz que adoro ;
Y ni me alivia el dia , ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados.

Huyo á la soledad , y va conmigo
Oculto el mal , y nada me recrea :
En la ciudad en lágrimas me anego :
Aborrezco mi ser ; y aunque maldigo
La vida , temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONÓSTICO.

No en vano , desdeñosa , su luz pura
Ha el cielo á tus ojuelos trasladado ,

Y ornó de oro el cabello ensortijado ,
Y dió á tu frente gracia y hermosura.

Esa rosada boca con ternura
Suspirará : tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado ;
Y el rostro volverás con mas dulzura.

Tirsi , el felice Tirsi tus favores
Cogerá , altiva Clori , su deseo
Coronando en el tálamo dichoso :
Los Cupidillos verterán mil flores ,
Llamando en sùaves himnos á Himeneo ;
Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

CUAL suele abeja inquieta revolando
Por florido pensil entre mil rosas ,
Hasta venir á hallar las mas hermosas ,
Andar con dulce trompa susurrando ;
Mas luego que las ve , con vuelo blando
Baja , y bate las alas vagarosas ,
Y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando :
Así , mi bien , el pensamiento mio

Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo;
Pero te vi, rendíme, y mi albedrío
Abrasado en tu luz goza al mirarte,
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el Amor que el corazón helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dió al punto á sus piés mil partes hecha
Contra su seno de pudor murado.
Solicítala en oro trasformado,
Y al vil metal con altivez desecha:
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y officioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el dios: de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso
Cual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

SUELTA mi palomita pequeñuela,
Y déjamela libre, ladron fiero:
Suéltamela, pues ves cuanto la quiero;
Y mi dolor con ella se consuela.

Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido, aunque la espero.
Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala, ó crudo! y tú verás cuál yuela.

Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
Lumbroso el cuello, y el piquito breve...
Mas suéltala, y verás la bulliciosa
Cuál viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

ORA pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello

Libre le vaga por el albo cuello,
 Cantando alegre al despertar la aurora:
 Ya en pellico y cayada de pastora
 Los corderillos guia, y suelta al vellos
 Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
 Ya en ocio blando en la cabaña mora.
 Tierna ora rie, y va cogiendo flores:
 A caza ora tras ella el monte sigo;
 Y bailar en la fiesta ora la veo.
 Así ausente me alivio en mis dolores;
 Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
 El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

HUYES, Cinaris bella, y desdeñosa,
 De mil dulces palabras olvidada,
 Ni vuelves hacia mí la faz rosada,
 Ni mi voz oyes por correr furiosa.
 Ah! tente, tente á mi dolor piadosa;
 Tente, y yo callaré: no tu nevada
 Planta la selva hiera enmarañada,
 Cual la de Vénus, cuando erró llorosa.
 Ni aun respirar ya puedes de rendida.

Vuelve... ay! ay! vuelve... mas, dolor agudo!
 Que por mejor correr, suelta el cayado.
 Vuelve... dijo Damon; pero no oida
 De la ingrata su voz, seguir no pudo
 En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡ Oh si el dolor que siento, se acabara,
 Y el bien que tanto anhelo, se cumpliera!
 ¡ Cómo por desdichado que ora fuese,
 La mas alta ventura no envidiara!
 Con la esperanza sola me aliviara;
 Y por mucho que en tanto padeciese,
 El gozo de que el mal su fin tuviese,
 Lo amargo de la pena al fin templara.
 Por un instante de placer que hubiera,
 Con júbilo mis ansias sufriría;
 Ni en su eterno durar desfalleciera.
 Pero si es tal la desventura mía,
 Que huyendo el bien, el daño persevera,
 ¡ Qué aguardar puedo en mi letal porfia!

SONETO IX.

EL PROPÓSITO INÚTIL.

TIEMPO, adorada, fué cuando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.

¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales;
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inestinguible dura;
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.

Huyo; y muy mas mi corazon se inflama:
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:

Apenado á ti corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que Amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides süaves con tu esposo.

La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge, y la esquivéz olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos ojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme:
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz süave, tu desden fingido

Y el albo seno do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ha rendido :
Ay armas celestiales! ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCION.

DAME, traidor Aminta, y jamas sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.

Ay! dámela, cruel; y si aun desea
Tomar venganza tu pasion zelosa,
Hé aquí de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.

Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia,
Muy mas que el oro del Ofir luciente,
Cuando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

Qué quieres, crudo Amor? deja al cansado
Ánimo respirar solo un momento :
Baste el veneno en que abrasarme sienta,
Y el dardo agudo al corazon clavado.

Ni duermo, ni reposo; y de mi lado
Cual sombra huye el placer: ah! ; qué lamento
Suená en mi triste oido! de tormento
Basta, Amor, basta, pues de mí has triunfado. —

Le ruego así; y á mi dolor movido,
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de angélica hermosura :

Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar mas quiero,
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

DEJA ya la cabaña, mi pastora,
Déjala, mi regalo y gloria mia :

Ven, que ya en el oriente raya el día,
Y el sol las cumbres de los montes dora.

Ven, y al humilde pecho que te adora,
Torna con tu presencia la alegría.

Ay! que tardas, y el alma desconfia:

Ay! ven, y alivia mi penar, señora.

Tejida una guirnalda de mil flores

Y una fragante delicada rosa

Te tengo, Filis, ya para en llegando.

Darételas cantando mil amores,

Darételas, mi bien; y tú amorosa

Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre, ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: mi corazón te adora.

Junto á este arroyo que tu muerte llora,
Te hallé cogiendo flores; y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.

Allí nos reveló sus deliciosos

Misterios la alma Vénus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.

Ay! dejádme, recuerdos dolorosos!

Mi Fili al claro Olimpo fué robada;

Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INÚTIL.

Tímido corzo, de crüel acero

El regalado pecho traspasado,

Ya el seno de la yerba emponzoñado,

Por demas huye del veloz montero:

En vano busca el agua, y el ligero

Cuerpo revuelve hacia el doliente lado:

Cayó y se agita, y lanza congojado

La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha al corazón clavada

Huyó en vano la muerte, revolviendo

El ánima á mil partes dolorida:

Crece el veneno, y de la sangre helada

Se va el herido corazón cubriendo,

Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial: ¿tiemblas, amada;
Y para ti le ornó de gozo llena
Tu tierna madre? el corazón serena,
Y de santo pudor sube á él velada.

También yo como tú temí engañada
Doblar el cuello á la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,
Llega, y colma su suerte afortunada.

Veo asomar al Himeneo santo:
Que fausta ya Fecundidad te mira;
Y en maternal amor arder tu pecho.

Llega..... La virgen entre risa y llanto
Ansia y teme: la madre se retira;
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

PERDONA, bella Cintia, al pecho mío,
Si evita cauto tu adorable llama;

Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en el mármol frío.

Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:

¿Así, me dice, ó pérfido! se ama?
Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!

Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virginal: tú de mi pecho,
Aleve! aleve! has la virtud lanzado.

Vuélveme á mi virtud.... Su sombra oscura
Me sigue así; y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

ALESCMO. SR. D. EUGENIO DE LLAGUNO,
HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO
GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III.

ALIVIA el peso, soberana Astrea;
Déjame un hora de feliz reposo:
El crudo afán de tu servicio honroso
Ceda una vez á mas feliz tarea.

Santa amistad en celebrar se emplea
Del claro Elpino el galardón glorioso,
Merced justa de un rey que poderoso

Su mérito y saber honrar desea.

Vosotras, Musas, si á mi ruego un dia
Cedisteis gratas, y mi tierno acento

Oyó afable por vos mi dulce Elpino ;

Prestas volád, decidle mi alegría,

Del pueblo hispano el general contento ,

De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

Elegías